ALMORAIMA

NÚMERO 14 - OCTUBRE 1995

SUPLEMENTO DE CREACIÓN
LITERARIA Y ARTÍSTICA

ALMORAIMA

Revista de Estudios Campogibraltareños
Número 14 - Octubre 1995
Suplemento de Creación Literaria y Artística

Edita
MANCOMUNIDAD DE MUNICIPIOS
DEL CAMPO DE GIBRALTAR
Área de Coordinación y Acción Sectorial
DEPARTAMENTO DE CULTURA

Dirección, Diseño y Maqueta
Rafael GARCÍA VALDIVIA

Secretaria de Dirección
Josefa JOYA MONTOYA

Consejo de Redacción
Luis Alberto DEL CASTILLO NAVARRO
Mario Luis OCAÑA TORRES
Manuel ÁLVAREZ VÁZQUEZ
Mª Isabel ARROQUIA RODRÍGUEZ
José GUERRA LEIVA
Juan Manuel QUIRELL GÓMEZ
Luis SOLER GUEVARA
Domingo F. FAÍLDE GARCÍA
José G. RAMIRO LEO
José M. VALENZUELA TELLO

Redacción
Mancomunidad de Municipios
del Campo de Gibraltar
Departamento de Cultura
Parque "Las Acacias", s/n
11207 Algeciras (Cádiz)
Tfnos. 57 26 80 - 57 26 84 - 57 29 81
Fax 60 20 03

Impresión y Fotocomposición
Impresur, S.L.
Avda. de Italia, Blq. 7
Tel. 65 20 51 - 65 29 11
Algeciras (Cádiz)

I.S.S.N. 1133-5327
Depósito Legal CA-868-89

Ilustraciones de
JOSÉ GUERRA

ALMORAIMA
Revista de Estudios Campogibraltareños
Suplemento de Creación Literaria y Artística

Normas para la presentación de colaboraciones

1.-Se admitirán trabajos de creación literaria y artística de cualquier naturaleza, preferentemente los relacionados por su temática con el Campo de Gibraltar, aunque ésta no será una condición excluyente.

2.-Los originales se presentarán por duplicado, mecanografiados, o por impresora de ordenador, a doble espacio (28/32 líneas por página), por una sola cara y guardando los márgenes adecuados. Vendrán acompañados de los datos personales del autor: nombre, domicilio y teléfono de contacto.

3.-En uno u otro caso el texto deberá aparecer claramente legible y sin correcciones, y con la **intensidad adecuada** que permita su manipulación por los equipos informáticos de la imprenta en la que haya de realizarse su fotocomposición e impresión.

4.-La extensión de los trabajos no deberá ser inferior a tres folios ni superior a doce, y su contenido será respetado íntegramente.

5.-En el caso de trabajos de creación artística, podrán venir acompañados de un máximo de cuatro ilustraciones o fotografías, reseñándose en hoja aparte los "pies" de cada una de ellas. Se hará constar el orden de prioridad que el autor estime para la publicación de éstas, en previsión de que la totalidad no pueda ser incluida.

6.-El Consejo de Redacción de la Revista decidirá sobre la publicación, en cada caso, de los trabajos recibidos que hayan sido admitidos previamente por ajustarse a estas Normas. El criterio de oportunidad de publicación valorará la originalidad, calidad literaria e interés temático de las colaboraciones recibidas.

7.-Los trabajos deberán ser enviados a: ALMORAIMA - Revista de Estudios Campogibraltareños. Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar. Parque "Las Acacias" s/n. 11207 Algeciras (Cádiz).

SUMARIO

LA PISADA
José Eduardo Tornay 9

CUARTO DE INVITADOS
Juan José Téllez Rubio 12

LOS TIPOS DE INTERÉS
Santiago Polo 15

PASIÓN GRIS DEL CONTRALUZ
Antonio Pérez Girón 23

NUEVE POEMAS CON LUZ PROPIA
Manuel Naranjo 29

BARCOS DE HUMO
Ángel Cadelo 37

SÓLO UNA FIESTA
María Lobato Franzón 45

OFICIO DE BULEVARES
Alberto Torés 49

FLOR DE UN DÍA
Juan Emilio Ríos Vera 54

La pisada

José Eduardo Tornay

I. Si-no, si-no, las margaritas se mecen junto a la cancela de entrada del sanatorio. Una puerta blanca y un pórtico en perspectiva. El farol dorado alumbra mi rostro, pues aún es la madrugada. Toco al timbre y un robusto operario mira mis ojos. Edad: 47 aprox.

- Su nombre.

- Tengo una carta. Aquí está todo.

Lee atentamente. Dudo que entienda.

- Correcto. ¿Se considera usted pasivo o violento?

- Digamos que peligroso.

Entra a un cuarto oscuro que hay en el hueco de la escalera interior. Sale portando una camisa de fuerza.

- A ver, extienda usted los brazos como un sonámbulo. Así. Es su talla. Dígame si le molesta. Así está bien.

La sensación que tengo es de sosiego. Fuera todo fueron nervios. Aquí no tengo manos: no soy humano, sino delfín.

- Es muy temprano. Vaya usted a aquel banco al fondo del pasillo y espere; ya se le avisará.

Entiendo. Mis actos ya no me pertenecen. Primer paso: control de mi capacidad volitiva. Pero me queda el pensamiento. Ahí tengo el mal.

II. Un cuarto con lo mínimo imprescindible. Una cama, una silla, una estantería. La carencia de objetos reduce la sensación de apetencia. Se han llevado mi cinturón y los cordones de mis zapatos.

Ese enfermero calvo se cree intimidador pero su mirada bovina le delata como un ser débil. Recuerdo que solía filtrarme por las miradas de gente así y les hacía esclavos de mis mandatos. Pero aquí no tengo voluntad.

Permanezco en la cama con los brazos adosados a los costados, oyendo el dulce trino de los jilgueros en el jardín, como un místico medieval. Se debían poner bien de caldo aquellos para creer que su cuerpo de elevaba. La fuerza de la gravedad sí que es Dios nuestro Señor en persona.

III. Han estado haciéndome preguntas. Las contesto al azar, unas veces al momento y otras demorándome. No hay diferencia entre la verdad y la mentira. Pero ellos lo dan por sentado; por eso contesto lo que esperan o no, siguiendo un método aleatorio que aprendí hace tiempo. No hay un orden ni una lógica, es como si tirase al aire una moneda que ellos no pueden ver.

Al rato de comenzar el interrogatorio han empezado a ponerse nerviosos, a mirarse entre sí, a sonreírse esporádicamente. Ya tienen lo que han estado anhelando desde su juventud: un caso no catalogado.

Me tomo todas las pastillas, que me adormecen. Soy como una mariposa ecuatorial clavada a la cama por el alfiler de los tranquilizantes. Sólo les falta imprimir un nombre debajo para meterme en el cajón.

IV. Viene el Gran Maestro con su block de notas. Escribe ostentosamente con signos taquigráficos antes de empezar para que no fije mi atención en sus apuntes. Me pregunta por mi infancia. Compongo un relato con trozos de verdad e imágenes manifiestamente cinematográficas que él probablemente descifra. Mi padre. Tiene mucho interés por mi padre. ¿No tenía padre? Los objetos. Le interesa saber cómo sustituía con ellos la idea de la autoridad paterna. Me callo. Aleatoriamente dejo de hablar durante más de media hora. Al final reitera:

- Dígame un objeto.
- Una barba postiza -he contestado automáticamente.

En su cara se refleja la decepción; anota con brusquedad. Intento remediarlo:

- Un sacacorchos, el goteo de cera de una vela a punto de consumirse -le grito.

Cierra el block y con voz neutra llama al operario por el ventanuco.

V. Pastillas y más pastillas. Baños de agua hirviendo. Duchas frías. Ahora comparto habitación con un viejo decrépito que no domina sus funciones vitales y un joven políglota, dedicado a aullar en diversas lenguas desconocidas para mí. El olor, insoportable al principio, se ha vuelto familiar.

Me han atado los pies y han inclinado la cama. Con las manos libres, voy rellenando una pila de cuadernos que me han facilitado con dibujos de técnica primitiva. Últimamente reitero la imagen de una jaula con un agujero entre sus alambres por el que se va a escapar, se está escapando o se ha escapado un pájaro.

A veces -pero esto con premeditación-, dibujo un camino que se pierde en el horizonte y a cuyos bordes se extienden verdes prados de trigo repletos de amapolas. Cuando alguno de ellos viene le tiendo mi obra y me miran con compasión. Si alguien se ha acercado y tras reiterarme que continúe tomando las píldoras metódicamente, ha acariciado mi cabello grasiento, he dibujado una jaula aplastada, con un jilguero hincado en el alambre roto por cuya abertura había intentado escapar y, al fondo, la sombra de un hipopótamo que prosigue su inexorable avance.

Cuarto de invitados

Juan José Téllez Rubio

El azahar se oiría, la tarde contra el patio,
si no desatase el mar sobre el cobijo
reservado a los huéspedes, el tifón y la calma,
la foto añeja de un marino en el Gran Sol,
cantos de sirenas y bajeles al óleo.

El ropero de cedro, los blancos visillos
y el recuerdo que tuvo esa otra persona
que fui yo mismo hace tiempo, siguen aquí,
entre papeles pintados y tazas de china
como caros muebles con vistas hacia ayer.

Y en el claroscuro pétalo de las sombras
supondrá el inquilino que dura siempre
el pulso del ocaso, el frufrú de las sábanas,
la mesita de noche, la pasión o el miedo,
o la palabra amarga que las paredes oyen.

Tras el cristal también caerán los inviernos,
la silueta de algún caballero que fume,
los suntuosos galgos de una señora malva,
la traición del tiempo que reduce, infame,
rostros a nostalgia, paisajes a memoria.

Y tampoco sirve de refugio esta alcoba
confortable y tibia que nos arreglaron,
porque el polvo cubre lámparas y armarios,
la cama que deshice, el suelo de madera,
el traje que llevé, la carne que me puse.

Afuera, los ruidos fugaces, los parientes,
la muerte mustia con avaricia unas flores,
los espejos repiten aquello que no ven
y de súbito el viento silba entre los quicios
que no nos pertenece esta habitación.

Pero cuando un viajero cansado aparezca
más temprano que tarde a ocuparla de nuevo
verá el retrato de aquel capitán remoto,
el eco de una voz, la frágil porcelana.
Presentirá al trasluz la sombra mía.

LOS TIPOS DE INTERÉS

Santiago Polo

La tranquilidad del lugar aún no se había visto rota por esa alegre explosión de ruido y luces de neón en que se transformaría todo el barrio unas horas más tarde. Era sábado, pero la zona de diversión no había empezado a animarse. Todavía faltaba un buen rato para que se convirtiera en un barullo de coches y motos parados en cualquier parte, subidos a las aceras o en doble fila, y para que toda una multitud bullente de hombres y mujeres jóvenes -carne joven convenientemente vitaminada y mineralizada- vestidos con sus atuendos más sugestivos, se desparramaran por las calles para gozar de la noche del sábado. Aún no había comenzado el ritual del intercambio, entrando y saliendo de los locales apropiados -los tocados por la diosa del éxito, siempre frágil y veleidosa, que atiende a leyes de un extraño mercado-, riendo y gritando, llamándose a voces para sentirse reconocidos entre los habituales, sentados en los capós de los automóviles con la radio encendida, licitando y cotizándose con entusiasmo desde el mejor perfil, o cabalgando las motocicletas que, quietas pero con el motor en marcha, aceleradas, bramarían en llamada de celo, mientras sus dueños se dedicaran a hacer prospecciones sobre con quién pasar el resto de la noche.

Era todavía temprano, los tugurios ya estaban abiertos pero la música no había alcanzado su acostumbrado volumen hiriente. Los camareros estaban ocupados en rellenar los huecos de los estantes con nueva provisión y alineaban con esmero las filas de vasos alargados detrás de la barra; al terminar, comprobaban la operación, convencidos de estar ellos también dentro de la era del diseño.

Algunos borrachos tempranos deambulaban por la zona con la botella en la mano, dentro de una bolsa de papel, y los mendigos paseaban sus andrajos rebuscando en los cubos de la basura. Los traficantes llegarían más tarde.

La ciudad había empezado a iluminarse a medida que el cielo oscurecía y la densidad del tráfico aumentaba. Una avalancha de gente volvía a casa de regreso del trabajo o cargada con bolsas de la compra, sorteando a los demás viandantes y deteniéndose de vez en cuando ante el reclamo de escaparates que se ofrecían especialmente apetitosos bajo una luz impúdica. Era ese momento del día -igual ocurre al amanecer- en que se dan de cara los ociosos y los contribuyentes temerosos de la de depreciación de sus bolsillos.

Hacia allá caminaba sin prisas una pareja por la avenida. La chica, entre saltitos y risas, inició unos pasos de baile. Estaba impaciente, el cuerpo le pedía acción, quería desahogarse. El hombre había intentando agarrarla por la cintura y atraerla hacia sí, pero ella se escabullía continuamente, siguiendo un juego que se repitió varias veces. No parecía querer facilitar las cosas.

-Iremos a un restaurante y después, a bailar. Lo pasaremos en grande -propuso ella con entusiasmo.

-Será mejor que te conformes con una hamburguesa, nena -contestó él-. El caso es que no llevo mucho dinero encima.

Su tono implicaba una especie de disculpa que ella prefirió pasar por alto.

-¡Qué divertido! -exclamó con fastidio-. Cuando te propones quedar bien con una chica, lo consigues, ¿eh?

Esquivó con un par de brincos una nueva intentona de su acompañante, y siguió andando con él detrás, haciendo ver que lo ignoraba. Tarareaba una tonada sin letra y hacía girar su bolso barato, a la vez que imprimía un perturbador ritmo a sus caderas.

De repente, se paró y se volvió entre el mar de gente que invadía la acera.

-Entonces, llévame a una terraza donde haya ambiente.

-Te he dicho ya que apenas tengo pasta -empezaba a estar harto-. Además, ¿no ves que está amenazando lluvia? ¿O es que sólo te miras las uñas?, muñeca.

Una suave brisa húmeda acarició sus rostros anunciando agua, pero eso no fue suficiente para calmarla.

-¿Sabes qué te digo? Que no me he estado arreglando esta tarde para andar correteando por ahí con un muerto de hambre.

Se plantó en jarras y abultó los morros, presentando unos labios insultantemente húmedos. Él la miró con furia, levantó la mano, y se arrepintió a mitad de camino.

-¡Anda, pégame! -desafió ella-. Demuestra lo hombre que eres -insistió. Y una sonrisa maligna, de triunfo, asomó a sus labios.

El tipo estaba loco por ella. La muchacha se sostenía sobre un par de bonitas y moldeadas piernas enfundadas en medias brillantes, que lucía bajo un vestido de color rosa , corto y ajustado, aproximadamente una talla por debajo del adecuado para poder respirar sin dificultad. Su trasero respingaba ante la opresión, en tanto que los pechos intentaban escapar al cerco y a la gravedad terrestre. Lucía en sus orejas unos aparatosos pendientes de bisutería, capaces de orientar en una noche de niebla a un marinero miope y borracho, y sus tacones no llegaban al medio metro, las pestañas tampoco.

En conjunto, se podría decir que estaba de toma pan y moja. Era un ejemplar acabado de mujer excitante; también era vulgar y provocativa. Él la deseaba, se la podría comer allí mismo sin quitar el envoltorio. Pero si se ponía pesada, le daría un par de guantazos.

Trató de aclarar el estado de la cuestión.

-Mira, estoy atravesando una mala racha, eso es todo. Pronto encontraré alguna manera de arreglar mis finanzas y tendremos dinero y podrás comprar lo que se te antoje -se explicó . Sabes que no quiero volver a las andadas.

-¡Una mierda vas a arreglar...! No pienses que voy a esperar mucho -amenazó ella-. Si no te das prisa, querido Dow -dijo burlona-, no me encontrarás.

Hizo un quiebro juguetón y dio un par de vueltas bailonas delante de él; no se resistía a la noche que acababa de empezar. La visión de su espléndido culo en movimiento se instaló al momento, detrás de los ojos, en el cerebro de Dow.

Aunque parecía tener más edad, no era más que un muchacho fuerte y grandullón. Bajo su pelo pajizo cortado a flequillo había un rostro ancho y sonrosado de mandíbula cuadrada, con una cicatriz en el mentón y la mirada de los que nunca han visto una oportunidad de cerca. Por la forma en que le iban las cosas, siempre creyó que el día que él nació Dios debía estar pensando en otra cosa.

Dow repasó su aspecto con mirada concentrada. Se miró la cazadora de cuero, algo más raída que simplemente rozada; y la camiseta que cubría los músculos que le habían ayudado a sobrevivir en la cárcel sin perderse el respeto; y los vaqueros descoloridos, más gastados aún en la entrepierna; y los tenis que fueron blancos antes de llegar a ese color indefinido, que completaban su atuendo. Y frotaba sus grandes manos, amasando la idea.

Tomó una decisión. La cogió por el talle, por fin, y la atrajo hacia él. Ella esperó a que intentara besarla para responder con un nuevo desplante, pero la idea no era ésa.

-Espérame en lo de Charli, nena -dijo con firmeza, mientras la miraba a los ojos, muy cerca, absorbiendo una buena porción de su perfume barato-, y tendrás lo que deseas.

Nik acabó de sacar brillo a las botas, sentado en la cama de su apartamento. Estaba muy orgulloso de ellas, eran unas botas fantásticas color moscatel con remaches dorados que lanzaban destellos en los talones y con refuerzos metálicos, también dorados, en las punteras. Le gustaba mirarlas y oír el sonido que producían al caminar sobre el asfalto o, mejor aún, sobre un entarimado. Entonces se sentía artista, casi un compositor.

Era un tipo alto, delgado y elástico, de pómulos alzados y quijada estrecha. Cuando salió de la ducha y se envolvió en una toalla que anudó a su cintura, comenzó a peinarse ante el espejo. Acompañaba su escrupulosa tarea con un continuo balanceo de su apreciado cuerpo, al compás de la música que sonaba desde un aparato de alta fidelidad. Media hora después dio por bueno el resultado: su cabello negro, engominado, brillaba con reflejos azulados; una pequeña coleta lo recogía en la nuca y las patillas en forma cola de tiburón se recortaban sobre el mentón. Tenía ojos oscuros y la mirada, de un brillo metálico, era oblicua y penetrante. En verdad, él y varias personas más, casi todas de sexo femenino, estaban convencidos de que no había nada mejor en todo el barrio.

Un televisor emitía imágenes sin sonido. Nik volvió a contemplar las botas colocadas al pie de la cama y sacó del armario un traje con chaqueta de hombros amplios de color azul cielo tropical a eso del mediodía; una franja de terciopelo azul anochecer en el mismo sitio bajaba por la pernera del pantalón. Eligió una camisa de seda negra y sobre ella, por discreción, anudó una corbata amarilla. En el bolsillo superior de la chaqueta, asomaba un pañuelo de hierbas de color fucsia templado.

Se miró de nuevo, dio un lametazo a su pulgar derecho y se lo pasó por los aladares sin perder el ritmo frente al espejo. Sonrió complacido al tipo que le devolvía la mirada: sería una gran noche de sábado.

Al compás de la música fue dando vueltas hasta la mesilla de noche y cogió la navaja automática. Sonó un *clic*, y la punta de la hoja quedó a la altura de la nariz del hombre del tiempo que, desde la silenciosa pantalla, señalaba chubascos sobre un mapa. Sonó otro *clic*, y dejó la navaja en la mesilla: le había parecido sentir algo que acababa de identificar como placidez en el alma. Se arrojó parte del contenido de un frasco de colonia, se calzó unas gafas negras y tragó un par de tabletas. Bajó las escaleras con un trote lento; imprimía al descenso un ritmo perfectamente sincopado.

La calle, ya toda neón deslumbrante, mostraba su cara más complaciente y festiva. Pasaban grupos de gente con la risa tonta y gregaria, dispuestos a disfrutar de todo lo que pudieran pagar con su dinero. Pasaban parejas enlazadas, con la duda de tener entre manos el amor o un sucedáneo. Y también pasaban tipos con la desesperación asomada en el rostro y la mirada afilada: la habitual estampa nocturna del cazador solitario ávido de carne.

Nik tiró calle abajo para desembocar en la avenida, justo al lado, en dirección al sarao. Caminaba ausente, sin prisas, confiado en su valor en el mercado de la noche, perfeccionando un particular sentido de la elegancia que, básicamente, consistía en llevar las manos en los bolsillos y el ritmo zumbón en todo el cuerpo. Estaba satisfecho, le gustaba lo que veía. Los escaparates deslumbraban con luces y colores que se reflejaban en el pavimento. Algunos, incluso, se insinuaban con un parpadeo sugerente para ofrecer fregaplatos o aparatos de aire acondicionado envueltos en guirnaldas, frigoríficos repletos de comida de imitación y hasta automóviles con las puertas abiertas, que giraban sobre plataformas bajo los reflectores invitando a su interior.

Se detuvo ante una chaqueta de lentejuelas con solapas fosforescentes y escapó a la realidad, cayó en éxtasis. Se agradeció afectuosamente no haber cogido el coche -habitualmente no se desplazaba a pie ni hasta el patio trasero si podía evitarlo- y tener la oportunidad de presenciar esa maravilla de la creación. Sus pupilas estaban dilatadas y la cintura acompañaba los sonidos de la ciudad con un mecimiento blando que le recorría desde el cráneo hasta los talones. De todas partes llegaba música, las botas taconeaban suavemente el suelo y la dexedrina campaba por su cerebro como canicas sobre la membrana de un tambor. La vida era un parque de atracciones sin hora de cierre.

De pronto, notó que algo duro le tocó la espalda. Alguien le agarró con fuerza del brazo, lo haló y lo arrojó al callejón. Cayó contra unos cubos de basura apilados y derribó el último de ellos, que desparramó restos de comida, envases de plástico y botellas vacías por el suelo. El cañón de una pistola le apuntaba directamente entre los ojos.

-Vamos, tío, dame toda la pasta que llevas o te dejo seco. Deprisa, tío, no tengo todo el día. Quiero ver el color de tu dinero -espetó Dow con voz ahogada, mientras le apremiaba con la otra mano.

Nik lo miró, midió la distancia y calculó las posibilidades. Le lanzó una botella a la cara y saltó los casi dos metros que separaban a ambos. La pistola detonó y salió por los aires, un puño se estrelló contra el rostro de Dow, que se tambaleó lo justo para recibir la rodilla que le golpeó duramente el estómago. Dow gimió de dolor y cayó al suelo; atrapó el arma con su mano derecha, pero Nik no le dio tiempo a levantarla. Se apoderó de su muñeca y se la retorció. Entonces Dow le clavó el codo izquierdo en las costillas y Nik aulló de dolor, y se quedó sin resuello, al tiempo que recibía un directo en el mentón, pero no soltó el brazo que retenía su presa. Los dos rodaron por el suelo, Nik siguió retorciendo la mano que sujetaba la pistola, y uno de sus dedos apretó el dedo que Dow tenía en el gatillo. Sonó un disparo apagado y Dow se levantó. Sus ojos miraban sorprendidos mientras trataba de estabilizarse. Tanteó con una mano en busca de la pared y, cuando la encontró, apoyó la espalda y la cabeza y se quedó con los brazos flojos, paralelos al cuerpo. Osciló y las rodillas se le doblaron. Descendió despacio y quedó sentado. Sus ojos se cerraron, se abrieron y se quedaron abiertos. No se volvió a mover: se quedó tan quieto como un negocio en quiebra.

Nik Kei se ajustó la corbata y sacudió sus mangas. Un mechón de cabello había escapado al lazo. Inspeccionó su estado general y le pareció una contemplación aceptable, teniendo en cuenta las circunstancias, hasta que se sintió horrorizado al descubrir una mancha de yogur en su bota izquierda. Se acercó al tipo y restregó la bota contra su camiseta, a la altura de la barriga. Como Dow Jones no opuso ninguna objeción, Nik Kei dio por concluida la operación.

-¡Hay que ver qué tipos se encuentra uno por ahí!

La música hacía tintinear los vasos encima de las mesas. En las paredes había ristras de fotos con músicos que tocaban sus instrumentos embargados por una emoción que se reflejaba en la tensión de sus rostros. El local estaba repleto y hervía de actividad. Una selva de figuras confusas se agitaba impulsiva en la pista de baile, entre sensuales lamentos de saxofón y un vértigo de guitarras afiladas. Los flashes troceaban a los danzantes, descompuestos en relámpagos de labios, pechos, caderas y piernas, que se agitaban en la liturgia del deseo. Otros esperaban su turno para abrevar.

Nik deslizó su cuerpo desde la puerta de entrada -una vez recibido el plácet y el saludo del cancerbero uniformado, que lo tenía registrado entre los habituales- y se abrió paso, siguiendo la línea melódica del bajo, hasta situarse frente a la barra. Su cuerpo vibraba del suelo para arriba, breves movimientos de cabeza marcaban el compás, la lengua percutía los alveolos y los dedos chascaban: no escuchaba la música, estaba dentro de ella. Se acodó en la barra.

-¿Lo de siempre, Nik?

-Claro, Charli.

Sacó un cigarrillo y se lo llevó a los labios. Buscó cerillas, pero no las encontró en ninguno de los bolsillos. Vio de nuevo al tipo, sentado, los ojos abiertos, la expresión de sorpresa, y la pelea le pareció algo lejano y difuso, como si le hubiera ocurrido a otro. "De todas formas, allí debieron quedarse", concluyó. "Mejor será que él no las utilice: mala cosa el tabaco".

Un cigarrillo encendido se aproximó al suyo. Nik prendió el que sujetaba en los labios y devolvió el otro a su propietaria. Una sonrisa de agradecimiento le permitió contemplar un par de piernas de primera y, más arriba, unos labios botados, carnosos, neumáticos. Miró alrededor, el mundo estaba en movimiento y los músicos, desde el estrado, atacaban sin piedad una nueva pieza. Se volvió de nuevo hacia ella. Llevaba un ajustado vestido rosa y altos tacones. Se la veía turgente y apetitosa desde cualquiera de los puntos cardinales.

-¿Permites que te invite? -propuso con su gesto más seductor.

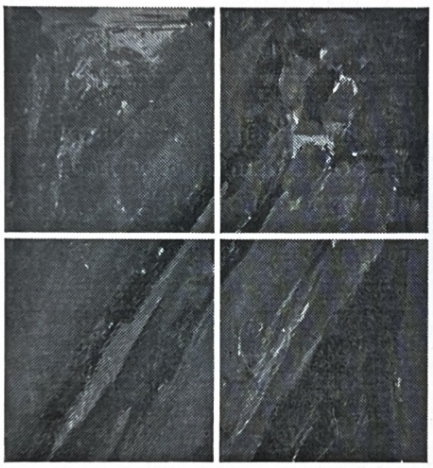
Ella sonrió. Mostraba el cartel de disponible.

-La noche acaba de empezar. - ¡ Brindo por eso ! -aceptó ella, complaciente .

Un rato más tarde, se fueron a recalar en otras orillas. Él la llevaba cogida por la cintura.

La música martilleaba incontenible y la pista seguía a rebosar. Justo cuando alcanzaban la puerta, la banda acababa de emprender con mucho brío una versión tonante de un viejo tema de Big Bill Broonzy. Aquél en que la voz de braga rota del viejo Broonzy cantaba aquello de: "Te quiero, nena, pero nunca conseguirás que sea tu perro".

Afuera llovía.



PASIÓN GRIS DEL CONTRALUZ

Antonio Pérez Girón

Este continuo retroceder, caminar estrecho
hacia la constelación de ánforas, amada.
Alguien duerme ignorando qué pasa, encrucijada
sin sentir o sintiendo fuera del cuerpo; lecho

donde muere la fecundidad; retahilas, barbecho
sin albahaca, sin calostro, cráter de la nada.
Tanta gente distinta, de la misma mácula atada.
Paranoicos con el reflejo deshecho

esperan acribillarnos al doblar la esquina.
Otra vez esa canción, la libertad cierta
que viene... y Prometeo mira desde la claraboya.

Los niños siguen cantando con luz divina,
pintan mariposas en el aire y abren la puerta,
haciendo de cada mirada de cieno, una joya.

Qué canta ese niño, voz escrutadora, encina
de las calles, ribazo de alma valiente.
Cantando espejos sin cobijo te ilumina,
para sustraernos del nácar de la nada presente

Se necesita un poco de compañía. Declina
la decantación de mis espigas, de mi fuente.
Sabemos tan poco. Tú y yo, el cosmos; atina
la mano en la oscuridad y de repente

la lluvia traslúcida de pasadas vivencias.
La voz de la ciudad se eleva sin inclemencias
y asila sobre tu pecho nuestra canción.

Vivir esta hora. Este tiempo cuerdo,
desmembrar cada momento, desvelar un recuerdo.
Abrazar salmodias, adoquines, mi nación.

Viento contra viento
Yo torre sin mando, en medio
Rafael Alberti

Están maniatadas las murallas y gritan
invocando vientos germinales, agudo
matiz del corazón de jaramago, que mudo
traen un tren negro y recitan

la ausencia de tu ángel bueno. Tiritan
los estanques, rebosa la ciudad. Tu duro
cuerpo de litoral contrabandea puro
un resplandor de rosas y anticipan

el acopio de estrellas. ¿Dónde te buscaré?
Están apagados los rayos que colgaban
el soplo de nieve de tu pelo.

En tu agua perpetua y serena, nadaré
para ver las ausencias que volaban
coronadas de desengaño, quebrado el anhelo.

Cuando no esté, todo seguirá igual, viveza
de luces que nunca mueren. Sin despojo
el dios neón correrá desnudo, enojo
de la madrugada precipitada sin tristeza.

Sin rendir cuentas levantamos la cabeza.
Nadie pregunta qué siento. Sin mirar recojo
el crimen oculto y sin leyenda, rastrojo
de este aire nuestro. Es la fortaleza,

la pasión gris del contraluz, revuelo
del azorado corazón dibujado en la ventana.
Ese recordarte oyendo discos en la hondura

de mi cuarto. Es poco para empezar, cielo
cada vez más alto. Vale tu palabra; engalana
mis horas, para ti, preñadas de ternura.

A Diego Bautista

Diego, la esperanza está llena
de reductos, ojos de bondad, epifanía
que llena tus manos. Esta manía
del poeta de recordar la amena

luz en el repliegue, magnetismo y serena
palabra que llena de acetileno, unía
a los hombres de cada día
como un padrenuestro sobre Jimena.

Pero fue aquí, donde prolifera el vacío,
donde vomitamos metal resoluto
y las ciénagas devoran la aventura.

Tuvo que ser en el oscuro estío,
cuando las calles se vistieron de luto,
añorando la querida escritura.

Detener esta imagen en el aledaño,
una imagen para dos, sin vestidura,
compañera. Contemplar en la andadura
la esquina sin farol, el rebaño

de brujas y pitonisas que pariendo el año
oculto, elaboran filtros. En la ruptura
galáctica este destino se augura.
Las partidas interminables, el engaño

diluido en humo sobre la luz amarilla.
El whisky, el bostezo de carmín y lunar.
A cada hora un informativo. Duele el azul

de esta hora un poco. Hasta que brilla
la paz de la luz del día. Hay que adornar
estas horas con tu cuerpo de tul.

El cementerio es el corazón de la ciudad
en silencio. Pulso muerto del poder,
de las vacías horas, fin del placer.
Fuera estallan los ruidos de la soledad

de los vivos. Aquí también la oscuridad
carcome las retamas hasta el reverdecer
súbito del fragmento de rosicler
que apenas se eleva sobre la maldad

de los tugurios, epitafios, tinieblas,
cuchillos de carámbanos buscando sus muertos.
Compañeros se dan la mano y una fuente

nace en el sendero, languidecen las nieblas
en los estuarios y se encienden los huertos.
Nacen estrellas para vencer esta paz indolente.

Convendrás conmigo que, a veces, de repente
la ciudad se te viene encima, solapado
noctámbulo. Te cansas del arraigado
vivir en el encaje que enervadamente

invade el resol de las mañanas, latente
palabra purificadora, que abandonado
te hace perder la perspectiva, y atado,
te dan ganas de volver justificadamente.

Hacer las maletas sin un destino.
Llamas por teléfono clamando cielos
agrietados de cálidas violetas, una ola

de autobuses monótonos invade el fino
cuerpo de salitre, mostrando ojos de señuelos.
Convendrás amigo, este sentir la vida sola.

Las golondrinas de la catedral
esparcen eclipses versátiles en delirios
de sahumerio, estolas moradas, vidrios
del milagro oculto, sin geráneo ni cal.

Frío mármol, lechuzas de superstición, sal
de ausencia en túneles y recodos; cirios
de las augustas columnas, lirios
del seminarista que lucha contra el mal.

Flamea un nido de estrellas, suspiro
del rincón oscuro. El alba sin huella
por las mamparas hace arco iris en vaivén.

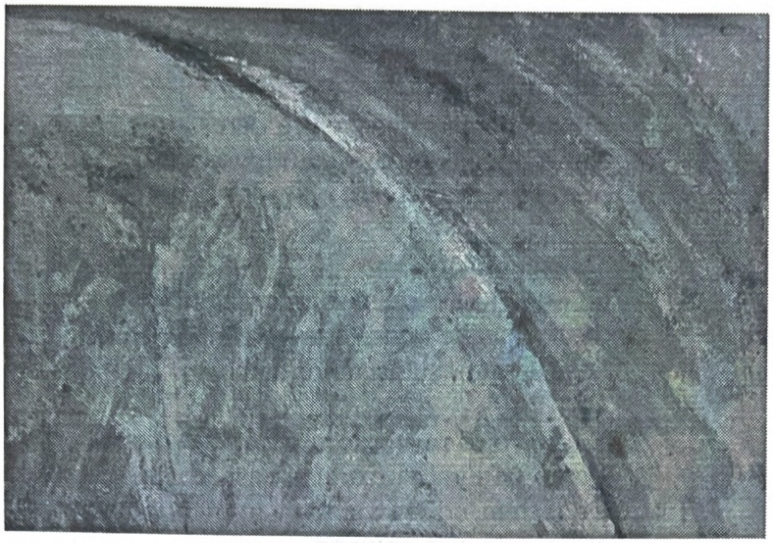
Gardenias para el santo en su retiro.
Reloj, martillo escuálido que sella
el sollozo, golpeando la sien.

Pudiera ser que el uso esterotipado
del testimonio se vuelva torrente
de vaho que empañe silente
nuestra esperanza. El pigmento borrado,

hecho iniquidad hace anonadado
el fulgor del cuarzo, vacío el ente.
Un legado de exterminio viviente
recorre venas dejando el corazón varado.

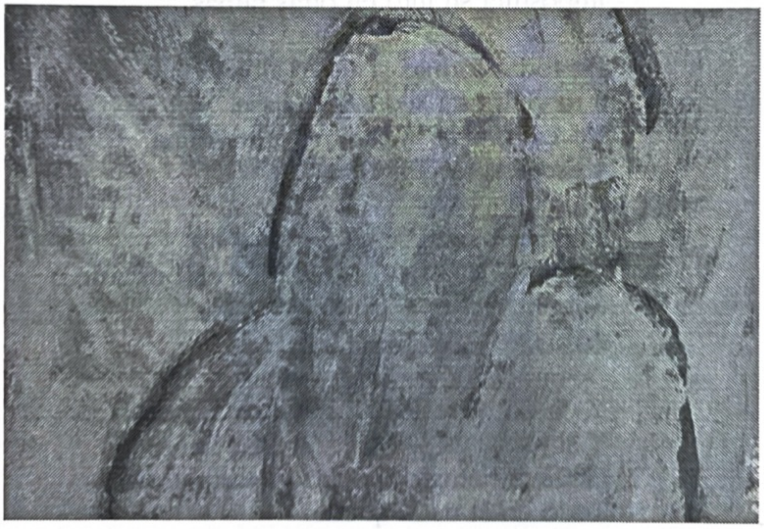
Alguien llama a tu puerta,
sin tregua llaman a tu puerta
y despiertan el pájaro revelador.

Agazapado funde los espectros, acción
que fulgura las oquedades, emulsión
del liquen para acabar con el soñador.



NUEVE POEMAS CON LUZ PROPIA

Manuel Naranjo



Para Juan Gómez Macías, alma del vasto sur.

JARDÍN

En el jardín vacío
súbitas flechas miro, entre ocres aires,
como briznas rodar de antiguos días,
por el borroso suelo, entre los árboles.

Transeúnte al ocaso
de esta ciudad del sur, miro las horas
deshechas de aquel tiempo rodar ebrias,
hoy, de aún, su ascua remota.

Y unos ojos recuerdo... ¿O ancha niebla?
Como penumbra extraña, casi labios.
Un jazmín -¿o era vientre?- irguiendo sed
al límpido aire en vano.

Mas no quisiera aquí, dudosa lámpara
de aquel fervor, una imagen impura.
Quieta, lejos, ceniza. Enfermas frondas
tiemblan entonces músicas.

Todo es como es: la escarcha, viento.
Todo está donde debe: el tiempo, nada.
La noche alerta a su venir pasados;
impostura su luto en otras ramas.

De todas formas si algún alba llega
a tu vivir esta sed torpe, pase.
No es posible la paz tras tanta ruina,
y escribí por vengarme.

No símbolo las hojas de tinieblas
espesas, nunca días, perdidos en buscarte.
Sólo marco ideal, tópicos tristes,
errores del paisaje.

Y en donde estés, olvida, alienta, ama.
Y si ya no es posible, o ya no tiene
cifras tu tiempo, que no importe acaso.
Todo en la nada quede.

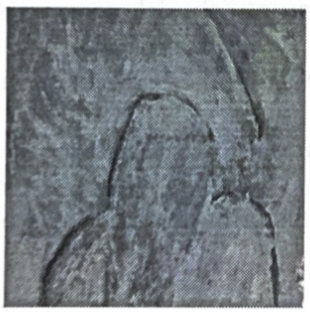
Inútil luz iluminó esta página.
Cansancio igual de otra muerte.

AQUEL OTOÑO, AL IRSE

Cómo recuerdan estos libros cerrados
el frío de mi corazón
aquel otoño, al irse, por el sendero en sombra,
entre huérfanos árboles
único resplandor cierto en el crepúsculo.

Brillo en la piel; mas, por el alma, nieve.

Si los abro, resuena
aún su paso en las hojas.



EJERCICIOS GALANTES

(Tres sonetos excluídos de *Retablo en Rumor de Adioses*, a los que el autor ha puesto, por rigores de estío, un anteluz)

¿Cómo nació el amor? Fue ya en otoño.
VICENTE ALEIXANDRE.

(Lo mismo que una espiga
fue su llegada.
Trajo un racimo de ofrendas
y vuelos en la sombra).

NUNCA sabrás con cuánta tibia llama
de labio, el pecho al fin su rota espera.
Porque ileso de mármoles ardiera,
sin consumirse, el mundo, tu voz clama.

Mas baja también lluvia de tu rama
con que apagar la sed, y en la severa
decrepitud, de invierno a primavera
un venablo de junios te proclama.

Pero pronto abrojal, reseca nieve
te nombra el tiempo, y, cárcel vasta, oprimes;
cuando viento, a traspiés; si ardiente, helado.

De parte así te inclinas de lo aleve;
o tornas, y en caricias te redimes,
mientras tu hueco aún lanza en el costado.

(Como una fuente vino;
dando frescor al aire
en sequedad y un ramo
de huellas de su irse)

Desamueble el desvelo su ardedura
pues nunca rosas por cortar, si llega
su guadaña de luz, lisonja y briega,
han de quedar, o alfanjes de ternura.

Mas no cáliz de sombra, si alba oscura
que de frialdad y muerte el pecho anega,
sino canción; y lámpara que entrega,
tras cada huir, su nueva sembradura.

Y nunca, así, posible, sin ninguna
vereda, cuánto usurpa o cuanto engaña
saber, y cuanto sed, agua sombría.

O eterno es, pues nada y vida aúna;
con su letargo de siglos, rauda entraña.
Como florece el mar: en agonía.

(Volvió ya apenas. Fue
un baharí imposible,
agitando al azul
el rastro de sus alas).

De tu más claro empeño de paloma
pareja es ésta paz. Pero no habita
ya por su piel inmóvil la infinita
desveladura, que a lo hermoso aroma.

Ya apenas, pues que frágil vuelves, toma
otra voz alba que el temor, ni agita
más rama el viento que la amarga cita
del tiempo con su sino de carcoma.

Mas si el mundo al revés, tras tu andadura,
quién claro si cauterio, si la herida
puede tener, si adulación, si quejas.

Clamor eres, que albergue apenas dura.
Con qué furor te nombra cada huída.
Cuánto te acercas cuanto más te alejas.

PAR

I

Ángel Manuel

Avanza, circunspecto, un gesto, presto
a decir de sí fiel, pero se enfría.
Se le atolondra un rumbo en la alegría
de irle dando al nombrar su acorde enhiesto.

Mas estival de mansedumbre, puesto
el corazón en el ser. Como si el día,
ventana por abrir, diérale guía.
Él, flor de su callar: "tal sumo, resto".

Suma, resta, rescata, multiplica,
luces enhebra del dictado, espera;
la noche puede siempre con su empeño.

Allí, punto dormir y aparte, abdica.
De pronto, el alba; eterno a su manera,
regresando a soñar, dormita el sueño.

II

David

Tiene diez años, y una sembradura
de lumbres por vivir, rauda manera
de transmigrar de invierno a primavera,
tras su coraza a salvo, de ternura.

Allí fragua azul pan, allí la pura
sonrisa de existir es dentro y fuera.
Allí, mañana el mundo, a la carrera,
alba la faz de la penumbra oscura.

Hasta un poco bohemio, calla, ansía;
cuanto a su alcance de manjar, devora;
¿los deberes? Bien, gracias. Buena planta.

Bello jardín su vida; todo es día.
Pasa, silba, arde en flor que el tiempo ignora.
Y le falta un tornillo. Pero canta.

NUEVAMENTE

NUEVAMENTE
Hasta los ojos este recuerdo acude,
entraña de otras horas, voz inmóvil del tiempo.

Secretamente trae
un deambular leve en los pasillos,
aquella lumbre ciega del aroma,
tus dedos, como una flor, hurgando en los armarios.

Falta la manta azul, dijiste.

Quizá -todo es confuso ahora- fue la misma
mañana del otoño en que hasta el río
a poblarnos llegáramos la piel de certidumbres;
húmeda lid los cuerpos desnudos en la hierba
después, por la memoria, brasa insomne la vida.

Tal vez fue aquella tarde. Sí. Seguro:
La manta azul nos la prestaba el viento.

COMO NACEN LAS TÓRTOLAS

COMO nacen las tórtolas, ya maduro el estío.

Así tu voz, ausente, torna,
un trigal en ruinas por patria de su vuelo.

Así tu remoto sueño:
Tierra en la tierra y, por el alba, nieve.

Así tu piel, al filo del ocaso
fugitiva, vuelta convulsa nada,
dejando nocturno el aire
de ensangrentado amor.

BARCOS DE HUMO

Ángel Cadelo

en la tiniebla el barco se hace humo
Mario Benedetti

RUINAS II

A María Higueras.

Solía mirar el tiempo
de cerca en los tugurios de Nairobi,
en el Hard Rock de Londres
o en un *Inn on the Park...*
Morían los ochenta. De rodillas
subían al Tepeyac los Tarahumaras,
en Tiennanmen lloraba ensangrentada
una muchacha, Greenpeace
salvaba dos ballenas,
el comandante Castro abría la boca
acorde con los niños y el ozono,
Berlín se despartía y otros cientos
de historias elocuentes pero lo
más sublime del mundo
estaba en esta playa y bostezaba
-¿te acuerdas? La espuma y la fogata se encontraron
y ni nos dimos cuenta-.

CRECIMOS

Tenía la costumbre de bañarse de sombra y
de niñez cuando callaba
J.M. Gómez Sanjurjo

Caminaba en el aire calcinado
de San Luis o por las calles viejas del Vedado
que bajan al mar y se sentaba en cualquier sombra
de dátiles o en el embarcadero
de palos frente al lago -la vi nadando al sol
un par de veces,
subir las escaleras del hotel
hacia los cuartos húmedos de Honfleaur-.

Cenamos un domingo en Inglaterra:
"te acompañé en un taxi,
hablabas de Cortázar y de Turner,
callabas, te llenabas de niñez...
Luego, ya ves, crecimos -qué error-:
tú, la economista más completa de *Le Monde*
y yo el destinatario de esa carta
que busco en mi buzón cada mañana".

México, D.F. 1993

PERMUTA

La pesadez nerviosa del principio,
la incertidumbre -mi único oficio-,
las mañanas maduras a caballo,
las comidas del rancho con frijoles y chile,
los lunes con bandera,
la casona comida por las hierbas,
los patios lloviznados,
el irrecuperable cielo de las seis quince,
los líos que sí valieron la pena,
las noches de intemperie, el cajón
en donde fermentaron estos versos
y el adiós absoluto. No me sirven;
para ti, patria -ahí lo tienes-, súmalo a tu Historia.
A cambio sólo déjame
esa carga de polvo en la memoria
que, a veces, los inviernos todavía
convoco en mi despacho.

OCTUBRE DEL 90

Moría la ciudad en brumas verdes;
nos quedábamos solos, sin reloj,
el ruido de una moto,
un silbido, acaso del puerto
-¿has visto alguna ardilla
en Central Park?-,
el silencio: tu mejor comentario,
otra copa está bien otro cigarro,
si soy o no feliz y yo qué sé,
madrugada, las manchas de humedad,
tan poco apenas nada.

Han pasado unos años, no es igual:
son otros grillos
-¿qué me ibas a decir?-,
olvídalo, prefiero
hacer zapping con mis libros
en esta biblioteca.

ARTE POÉTICA

Lo de verdad difícil de este oficio
no es buscar la manera; no es tampoco
quedarse cada noche en la penumbra
solo con la gramática;
buscar la inspiración entre los árboles
y no hallar más que charcos e hiloarañas;
ninguna de estas cosas, ni aguantar
que a uno lo llamen cursi, neorromántico
y otras mariconadas; ni sugerir imágenes
de lluvia, de campanas o de robles,
ni congelar la vida en unas letras
con la dichosa escarcha que derraman
las palabras. Lo de verdad difícil
del oficio es
decir algo que realmente no sobre.

HAY DÍAS

Hay días que no hablo;
apenas sí saludo esbozando por supuesto
la sonrisa -por un dolor de muelas
o un madrugón sorpresa, o nada simplemente-.
Camino como un huésped descontento
ausente a los semáforos y pasos de peatones,
y olvido los paraguas y las llaves
en los rincones sucios de mi monotonía;
descanso en las estancias de los ricos,
me arrastro por las tardes y ceno de embutidos.

Son estos mismos días
-no sé por qué motivo ni cuál la causa-efecto-
los pocos que terminan
en un lánguido intento de poema
o en el blandengue amago de unos versos.

CUANDO EL PARQUE SE LLENA DE LUZ
(ó "LA SOLEDAD DE LOS CAUDILLOS")

Puede ser como Madrid, enero y lluvia,
mañana de domingo,
café con dos amigos y maletas;
no cabe la mentira que es costumbre
del todo aborrecible; escenas cotidianas
de libros, de tabaco, de cine y excursiones;
tiene trenes, andenes -que es peor-,
hoteles en la nieve y madrugadas
de alcohol en cualquier calle
del mundo; no es ninguna
película -son sólo los finales-;
como el parque en otoño se ilumina
y otras veces se queda
como los dictadores exiliados.

Un día chocará
contigo, como un ciego
y nunca -never, mai-
le pongas nombre, hermano.

LOS OTROS VERANOS
(fragmento)

En nuestra casa pequeña
todo sobraba.
Ángel Esteban

"...y casi nunca
llegábamos a tiempo. Impacientes,
sin quitarnos la sal
o la arena, tostados y descalzos,
a una mesa de cuadros con gazpacho;
hacíamos los planes de la tarde,
de aquellas tardes largas,
en la penumbra fresca de la sala,
digestión de dos horas y piscina,
vestirse para el cine, los helados
y tender las toallas, echar un *monopoly*,
pasear y cenar en cualquier parte,
de regreso, entrar en el hotel
a ver la orquesta
y dormirnos con *autan* hasta setiembre;
luego se fueron
-¡tardes traidoras!
Yo, que os llené de cosas-
y nunca más han vuelto a visitarme.
[.....]"

CONDENA

Ni leves por campiñas, ni huele a lluvia larga
o resina, ni hay mares desiertos, *terra incognita*
en los mapas, ni comida caliente a los amigos,
sino solos y huérfanos: quincenas y horarios;
atravesados como los encinos partidos
por un rayo y nos cruzamos
a veces sin mirarnos
en calles de adoquín
o en un avión -la casa en dos maletas
y un verso no exprimido de equipaje,
pesado, cotagioso, absurdo a ratos...-:
de confidente, sólo la Poesía;
la decadencia, el lastre;
la inercia, el combustible;
y el tiempo: *esa epidemia*
que barre cada tarde las ciudades.

TRES FRAGMENTOS DEL SUR

A Maribel y Alejandro,
mecenas en San Luis Potosí, México.

(...) Eran días de sol y de suspensos
y aprendí a pescar entre las grúas
cerca de enormes barcos
lentos y tristes.

(de *Historia de amor III*)

(...) el cielo deslumbra.
Pronto será primavera y bicicletas
y amigas en mangas cortas.

(de *Ático en París: Del agua de febrero)*

(...) Todos me han olvidado
salvo esas luces débiles
que se ahogan en el mar.

(de *Ático en París: Otra vez en el puerto*)

SÓLO UNA FIESTA

María Lobato Franzón

PRÓLOGO

En este mediodía
la claridad llega a ser tan cegadora
como en túnel sin luz
y no se puede conseguir la visión

Este resplandor
borra los límites del horizonte
y por muy cercana que tenga su línea
hace oscuro el camino hacia su orilla

Esperemos la hora propicia

1

Esta noche,
prescindiendo del día, de la fecha,
sin conmemoraciones ni homenajes,
en un total olvido del tiempo y del espacio...

Quiero, contigo, celebrar una fiesta.

2

Tomaremos,
en copas de cristal o en vasos de barro, champán o licor,
hasta conseguir ese instante mágico
que ponga a flor de piel todos nuestros sentidos...

Quiero, contigo, celebrar una fiesta.

3

Bailaremos,
en una habitación libre de obstáculos,
un bolero, un tango o un vals,
hasta prescindir de la atracción del suelo...

Quiero, contigo celebrar una fiesta.

4

Lograremos,
en esencia, sin peso, levitando,
en ese frenesí de la embriaguez y la música,
que nos sean reveladas las visiones auténticas...

Quiero, contigo, celebrar una fiesta.

5

Apaguemos las lámparas centrales,
ya que está preparada la mesa,
para poder celebrar nuestro banquete.

6

Encendamos las luces indirectas
que iluminen tan sólo nuestro entorno
y nos una su radiación discreta

7

Todo será una farsa,
una puesta en escena
de una comedia bufa

Todo será superfluo,
ingenuo y lúdico
con un final feliz

Sólo una fiesta

8

No esperar nada
de este estar sentados frente a frente

No esperar nada
de este tomar bebidas excitantes

No esperar nada
de este comer manjares sustanciosos

No esperar nada
de este abrazarnos con ritmos musicales

9

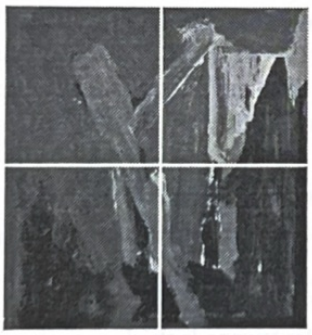
Sería un arriesgado compromiso
el intentar de estos breves momentos
hacer eternidad

Sería una gran profanación
el marcar este espacio imprescindible
y dejar huellas

10

El ritual se impone
y nuestros actos serán repetitivos
No buscar seducción

Sólo una fiesta



OFICIO DE BULEVARES

Alberto Torés

Yo amaba las pinturas idiotas, adornos de puertas, decorados, telas de saltimbanquis, letreros, cromos populares . . .

Arthur Rimbaud

INVENTARIO

Los días se rompen un poco más,
se confunden los astros con celestes
miradas, y el placer rueda al compás
de poemas prólogos; germinante
el vientre, los rostros en sudor, burlan
al mundo con nuestro solo latido.

Humareda. Músicas y caricia,
los pañuelos manchados, las retinas
que brillan.

Luego los fuegos inician su rito,
porque todo es presente, soberano
y perspectiva de sueños impuros.

EL OJO DE ÍCARO

Punta de Europa es otro relato,
con cultos de memorias y siluetas
furtivas o crepúsculos en fuego;
es voz triste, gemido de septiembre
en torno a penumbras golpeando
incesante silencios y silbidos.

Punta de Europa es papel que gira
cambiante de los astros y puñales
como rosas, reciente por pasado,
será otra vez, Ícaro lascivo
la bisagra prendida. Manos muertas
que caen, las imágenes se salvan
como el alba, breve, más oculto.
Cuando bajen las lluvias veraniegas,
los caballos furiosos en cuarteles
podrán desatar señas de apóstol,
sus afanes perdidos, el acero
al desplomarse fácil las tinieblas:

El corazón se abre todo.
El beso se rehace todo,
igual que la mirada,húmedos
los susurros de medianoche,
la referencia manuscrita.

Así las llamas firmes y de plata,
las danzas que ardían sin los tiempos
vencidos o naufragios, las consignas
ansiosas, otros mitos, la penumbra
para verte los ojos, nuestra tumba.
Punta de Europa es viejo relato.

EL DULCE ALQUILER

Impresas las pupilas de la risa,
la lengua, la metáfora siniestra.

El olor a petróleo se peina
en los cuerpos mojados bajo danzas
audaces, los hangares más divinos
con sus velos de seda nos perturban.
La calle Rivoli difuminaba
el placer entre besos y tormentas.

Y suponer los lamentos pagados
como las pinceladas de la niebla
por las que densos pasos, no sé ya
si de adolescentes, caminaban
con un enamoradizo color.
La sangre roja y negra, tenebrosa
al fin, fue nuestra sombra desafiante:

En las tabernas, desnudos, amarnos
interminablemente sepultados;
en los espacios opacos, amarnos
como si no pudiera ser, con óxidos
el abrazo y baldosas con saliva.
Los cipreses ingenuos, asistían
al acto; las princesas interrogan
a un cosaco casi con descaro.

Impresas las pupilas de la lengua,
las risas, la metáfora feliz sin más,
que dulcemente se agota.

EL JARDÍN EN PENUMBRA

Tus dudas como nobles las estrellas
convocan al perfil de luminosas
heridas, y tus manos, sonrientes,
coexisten al fuego de respuestas
infinitivas, débiles, surcadas.
Ola tras ola, los gritos mojados
sobre el asfalto. -¡Ávidas sonrisas!-
Los rostros que se tiñen melancólicos
para con estos rumbos dilatar
la espera. El miedo de tu ser
te enloquece, los párpados decaen
tan ingenuamente imaginativos.
Ningún lecho aguarda tu presencia.
Mientras tanto te quedas con la duda
y la noche pensada se confiesa
eterna, con tormentos y bebidas
reparte primaveras, tan hostil,
esta amenaza siente los reversos,
campanadas, cristales y silencios.

CUERPO A CUERPO

De presencia con lágrimas y velos
de tul, el escenario de ayer
se repite, mas esta vez sin quejas:
Las dudas y la palabra agredida.

Asustando a la fiel costumbre siempre,
libamos el tocón como bohemia
de luces, esperamos apellidos
sí, viviendo en las túnicas de loba:
No sueño los temores ni los dioses,
sólo al monje que pide la clemencia.

Así puedo otorgar a la derrota
un símbolo de danza con dos luces
al ritmo de la lluvia perfumada.
Bulevares, oficio, arlequín
en silueta, retomo de promesa
para ciertos museos en olvido.
La postal sin franquicia, es otro mito.
El recuerdo siempre cuesta dinero.

LA NOCHE DE LOS *CLOCHARDS*

Arrastrar a menudo estas paces,
sus todos relucientes por la calma,
sus masas y sus huellas transcurriendo
por otra dimensión. La luz burdeos,
sube hasta los pies para perderse.

Ella es esclava de las llanuras
abiertas, ella descansa a oscuras
con animales cómicos; de día
recompone mi carne, sus terrestres
entrañas desatiende a mis besos
después. Su cuerpo extraordinario
se yergue con un silbido de noche
en el escaparate navideño,
y yo, afilo límites, fantasmas
o pieles, exponiéndome temprano.

La noche de los *clochards* aún muere
un poco más, adivina las estatuas
de la libertad, envuelve febril
un poco de cada orgullo, quiere.
Sabes, hay algo cierto desde entonces.

Las estatuas son de piedra, los dioses
también, los castigos se arrepienten,
ella escapa, ellos encantados
vomitan adrede noche tras noche.

AMNESIA

El pudor de la piel como destierro
de las grietas, de llantos en retorno,
si al olvido pudiera descuadrar...

Pero es llave muy libre de cenizas,
que sin remedio fácil recupera
mensajes vagamente dispersados.
Adiestra del consuelo la sonrisa,
de la furia su tiempo, del amor
los pechos besados desde Mercurio.
Los caminos odió por colectivos,
desgarrando minutos y perfumes.
Perfumes con sabores diminutos,
que someten al polvo con sonetos,

si al perdedor pudiera recordar...

Flor de un día

Juan Emilio Ríos Vera

FLOR DE UN DÍA

A Julia Guerra

Hoy ha nacido en mi mente
una manzana nueva,
fresca de emociones,
roja como sangre pura
y alegre como sábado
por la mañana.
Hoy ha nacido de mis
miedos una bandera
blanca, un castillo
donde no hay armaduras
sino cañones de fresa
y tartas de cumpleaños.
Hoy ha nacido de mis
manos una ciudad
de la música y de la
risa, de la fantasía y
del circo de los muchachos.
Hoy ha nacido de mis labios
una flor de un día
que morirá con el sol
y besará la muerte
con la luna, con su
con su primera y última luna,
una flor que ya ha
convertido el día
en universo, en eternidad,
en infinito...
una flor que
me ha enseñado a comprender
que un día es una vida entera,
una agonía, una espera
y que mañana habrá
que tener suficiente
poesía para parir
otra flor u otra manzana.

7/11/94

PARADA INDEFINIDA

A ese anciano que dejan cada día sentado a la deriva en una silla cualquiera de un café a la espera.

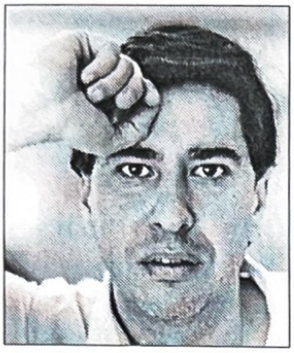
Lo han sentado en una silla
que nunca es la misma
pero que indefectiblemente
siempre le trae a la mente
las mismas asociaciones de palabras:
reposo, contemplación, fatiga, vejez,
estuario, ancla, carga y estorbo,
siempre estorbo, nunca ha faltado
estorbo según sus estadísticas
y sus anotaciones en los últimos
diez meses. Siempre ha estado allí
con esas siete letras colocadas de
tal forma que bastan para describir
su status en la vida y que él
a base de repetirlas atropelladamente
logra convertir en un sonido vacío,
nuevo e inofensivo que termina
despojándose de su significado
como se deshace uno de un jersey.
Luego durante unos minutos ha explorado
todo el universo de su cuerpo de madera
que ya se reduce a un rutinario
paso de revista de las características físicas
de la silla: color, tamaño, textura, forma...
poco más que llevarse a la boca:
algún adorno, alguna mueca, alguna vez
con suerte un agujero para hurgar con
el dedo, pecata minuta.
Pronto acaba el safari y hay que buscar
aventura en otra parte:
en el techo, en el suelo, en la pared,
en el pañuelo, en las gafas, en la nariz
o en la archirrecorrida cartera con los
mismos cinco dedos que
ponen, preparan y se comen el huevo.

Y ¿Luego qué?:
el cigarro, el peine que corretea por los
cabellos blancos, el reloj cien veces
consultado y el tatuaje con ese nombre
que aún encierra tantos recuerdos.
A veces se llega a la cabezadita indefinida
y fingida casi siempre,
a veces hay suerte y hay que hacer precipitadamente
las maletas hasta la próxima parada
donde quizás quién sabe se cumpla hoy
el sueño mil veces anhelado y
la silla sea más rara que un perro verde.

24/10/93

NOCHE DE IMAGINARIA

Hemos dejado sereno
al último soldado en la garita,
se sabe el camino de la muerte
tantas veces esbozado, tantas
veces recorrido hasta la mitad
del camino donde espera el
barquero tras el puente.
Se ha quedado con una pose
de portero de fútbol, seguro
a la hora de atajar el peligro
que se vislumbra confuso
más allá de las trincheras,
atento, despierto, preparado,
no se entrega al silencio de
la noche ni a la contemplación
de esa especie de burbuja
que amenaza estallar que es
su futuro que espera fumata blanca
para hacerse pronto ahora y
un suspiro después ayer y luego
un punto perdido en la maraña del recuerdo.
No mueve un músculo y su rostro parece de cera.
Nadie diría que fuera a cambiar en los próximos
mil años sin embargo cuando lo relevan ha surgido
como de la nada un matiz distinto,
un punto de inflexión al Universo.
Ahora sabe de qué color tiene los ojos la muerte.



JOSÉ GUERRA

Ilustra este número del Suplemento de Almoraima el pintor José Guerra, nacido en Ceuta en 1949 y residente en el Campo de Gibraltar desde 1976.

José Guerra realizó estudios de pintura, decoración y arte publicitario en Sevilla, finalizados los cuales inició su actividad artística fundando el colectivo de pintores *Tricotomía,* con el que realizó exposiciones colectivas en Ceuta y Puerto de Santa María.

Ya en el Campo de Gibraltar, prosigue su actividad plástica integrándose como miembro fundador en diversos grupos y colectivos, tales como el *Colectivo del Sur*, la revista cultural *Cucarrete* y el grupo *Seis Pintores del Campo de Gibraltar,* con los que realiza innumerables exposiciones dentro y fuera de la Comarca.

En 1979 expone individualmente en la Sala de la Caja de Ahorros de Cádiz en Algeciras, siendo otras de sus exposiciones individuales las realizadas en el *Pub Ana* de Sotogrande en el 81, en la Galería Magda Bellotti de Algeciras en el 84 y en la Sala del Museo Cruz Herrera de La Línea en 1990.

Ha sido Becario de Artes Plásticas del Ministerio de Cultura en 1980, Mención de Honor en el Certamen "Pintores para el '92" en 1988, Primer Premio "Ron Bacardí" de Málaga en 1990 y Segundo Premio en el Certamen de Pintura "Emilio Ollero" de la Diputación Provincial de Jaén, habiendo sido seleccionada su obra en diversas ediciones de ADUANA de la Diputación de Cádiz. Su obra está presente en numerosos museos y colecciones públicas y privadas, entre ellas en la Colección de Artistas Plásticos Campogibraltareños de la Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar, de cuyo Instituto de Estudios es Consejero de Número y Presidente de la Sección de Artes Plásticas y de la Imagen.

Actualmente coordina, asimismo, el programa de exposiciones de la sala *Ramón Puyol* de la Fundación Municipal de Cultura "José Luis Cano" de Algeciras.

INSTITUTO DE ESTUDIOS CAMPOGIBRALTAREÑOS

MANCOMUNIDAD DE MUNICIPIOS
DEL CAMPO DE GIBRALTAR